

## Reflexiones finales

Por: *Velia Govaere Vicarioli*

Coordinadora OCEX-UNED

Amigos y Amigas:

Poco puedo añadir a lo que ya han dicho mis estimables colegas sobre los desafíos que enfrenta Costa Rica en la Era de Trump. Yo voy a tratar de sintetizar lo que implica cada uno de los conceptos que encierra esa triada: Costa Rica, esta Era y Trump. Cada una de esas nociones encierra particularidades concretas que se potencian, interactúan entre ellas y crean un entorno que necesita respuestas políticas de primer orden.

Por ello necesitamos proceder de una forma analítica descomponiéndolos en sus componentes propios que son:

1. Las tendencias generales de nuestros tiempos,
2. Cómo se insertan en esas tendencias las particularidades de la victoria republicana en Estados Unidos, con el presidente Trump; y
3. En qué situación se encuentra Costa Rica para enfrentar los desafíos que plantean esos entornos que se refuerzan entre sí, creando una situación que desde ya podemos calificar de amenazante.

Para construir estos análisis no partimos de cero. Venimos cargados con el bagaje de ideas que asumíamos como "verdades absolutas" y de las que necesitamos desprendernos. Debemos partir de una deconstrucción de lo que creíamos que era evidente y cuyo cuestionamiento es precisamente lo que hoy nos convoca con tanto

interés. Si el Brexit, primero, y la victoria de Trump, después, fueron sorpresas inesperadas es precisamente porque en las profundidades subterráneas de la realidad aparente se movían corrientes poderosas que escapaban a nuestra debida comprensión. Sería el colmo, frente al contraste que existe entre lo que ocurre y lo que esperábamos, que le echemos la culpa a la terca e insensible realidad.

Comencemos pues por ahí: la globalización, con todo lo positiva y probablemente definitiva que es, alimentaba y alimenta, también, aspectos contradictorios que, al no ser debidamente atendidos, se han acumulado hasta crear una marejada internacional que arriesga, ahora, descarrilar los vagones de progreso en los que viajamos.

Esto ha sido ampliamente discutido en los foros internacionales. Si el presidente Trump fuera solamente un fenómeno local a contrapelo de las tendencias políticas, sociales y económicas internacionales, sus intenciones y su retórica enfrentarían los intereses de círculos financieros, las clases sociales y la mayoría de los segmentos políticos y empresariales.

Esto no es así, porque aunque el triunfo de Donald Trump es un fenómeno típicamente norteamericano, es también expresión, al mismo tiempo, de una oleada política, social y económica de contragolpe internacional que se puede entender como reacción a algunos impactos negativos no suficientemente enfrentados de los procesos de globalización.

Entre ellos están la pérdida de empleos en zonas manufactureras, provocados en su origen por movimientos de empresas en búsqueda de bajos salarios y menores regulaciones laborales y ambientales. También está el creciente y universal crecimiento de la desigualdad,

alimentado hasta la exasperación por la ausencia de una regulación financiera internacional. Se podría incluso decir que la crisis financiera de 2008 arrancó esa oleada que hoy llega a todas las costas del mundo.

Por otro lado, parte de las tendencias generales de contragolpe a efectos no deseados de la globalización corresponde también a una fatiga de las mismas condiciones que empujaron a las multinacionales a buscar mayor eficiencia de costos. Esas circunstancias han ido variando, sobre todo por el desarrollo de menores costos locales en los países desarrollados, asociados a la automatización. Eso refuerza una tendencia al retorno de capitales, que el presidente Trump ha prometido promover con políticas de atracción de inversiones, repatriación de capitales, alta inversión pública y privada en infraestructura, disminución de impuestos y eliminación de regulaciones.

Entre los escenarios de contragolpe nacionalista estaba ya antes de Trump un proyecto de ley, el Border adjustment tax (ajuste de impuesto en frontera) que fomenta las cadenas nacionales en detrimento de las cadenas internacionales de valor.

Todo eso nos permite comprender por qué los mercados de valores y la clase empresarial norteamericana no se sintieron amenazados, sino más bien estimulados, por las perspectivas económicas de la nueva administración.

De ahí que las políticas populistas y nacionalistas en el área comercial y de inversión pueden tener impactos en un corto plazo que puede durar un tiempo nada despreciable para sus efectos destructivos en Costa Rica y el mundo. Aunque nuestra exportación endógena a

Estados Unidos es prioritariamente agrícola, el neo-proteccionismo afectaría los flujos posibles de inversión extranjera en manufactura.

Eso en cuanto a lo que podemos llamar las contra-tendencias generales que, más allá de Trump, definen los contrastes de las agendas públicas internacionales y cuyo siguiente capítulo se jugará en la Unión Europea, con varias elecciones amenazantes y, de nuevo, la perennemente irresoluble deuda griega.

Dentro de esas tendencias, la gestión del presidente Trump juega un papel contradictorio. En la medida en que sus políticas refuerzan tendencias pre-existentes, su presidencia puede verse temporalmente fortalecida. Pero la forma controversial y atípica con la que asume temas que no tienen que ver con estas tendencias crean un entorno de división y oposición nacional e internacional frente a su mandato.

Ahí entran el muro con México, el abandono de los compromisos ambientales de los acuerdos de París, la eliminación de regulaciones contra la contaminación de los acuíferos por la explotación de carbón, la prohibición de ingreso de nacionales de varios países de mayoría musulmana, el debilitamiento de la estructura tradicional de alianzas estratégicas de los Estados Unidos y el entorno de nacionalismos enfrentados que propone.

Todos esos factores forman un entorno de tensiones que están congregando, como nunca antes, una de las oposiciones sociales y políticas internas más compactas que haya tenido presidente alguno, desde la guerra de Vietnam. Esto se agrava con el enfrentamiento constante con la prensa y el desarrollo de "verdades alternativas".

En el campo internacional se vive el mismo panorama de alarma y oposición. El presidente del Consejo Europeo calificó a la administración Trump como una "amenaza para la UE", al nivel de China, Rusia o el islam radical, y llamó a los europeos a que se levanten "para defender su dignidad". En todas partes, interna y externamente, se incuban nuevas coaliciones de fuerzas que prefiguran un escenario inestable, totalmente diferente al que estamos acostumbrados.

Si un reforzamiento de Putin o de Erdogan son alarmantes y si el ascenso de China para suplir los espacios dejados abiertos, también anticipa condiciones geopolíticas inesperadas, el calentamiento global no puede esperarse a que llegue el largo plazo y la cuestión es hasta dónde pagará la humanidad los efectos de este impasse.

Eso es, en resumidas cuentas, lo que significan la combinación de las tendencias de nuestra Era y las propias particularidades del estilo de la administración Trump, que exacerban los aspectos negativos de las tendencias actuales y arriesgan aumentar las tensiones hasta un punto de ruptura inimaginable.

¿Cómo se sitúa Costa Rica en este entorno, claramente inquietante? No podemos cambiar las premisas fundamentales de apertura de nuestro modelo económico. Esa no es la piedra que tenemos en el zapato. Nuestros ajustes no se sitúan en el comercio exterior, sino en las tareas de desarrollo interno que hemos descuidado. La nueva situación crea condiciones especialmente duras para llevar a cabo esas transformaciones complementarias que no hemos podido o no hemos querido hacer y que ahora se acumulan, con déficit fiscal, atrasada infraestructura, baja gobernanza, desigualdad, exclusión,

alto desempleo y poca eficiencia educativa. La "platina" de nuestro desarrollo unilateral y asimétrico nos cae encima en el peor momento.

En la era de Trump, Costa Rica necesita más que nunca construir una unidad nacional con un sentido de urgencia y de sacrificios compartidos. No es hora de individualismos. Necesitamos armarnos con un liderazgo colectivo capaz de convencernos que llegó la hora de pagar el almuerzo. Esa tormenta viene. Ojalá podamos sacudirnos de nuestra modorra. Las tareas que debemos emprender, de una vez por todas, quedan pendientes de la mano de una campaña electoral que ya no debería volver a decir más de lo mismo.

Sólo nos queda esperar que los acontecimientos internacionales nos vacunen de un populismo para el que no tenemos margen, ni siquiera en el corto plazo.

Muchas Gracias.